

Sobre la efectiva sustancialización del sujeto histórico

Carlos Casali

Consideramos en el presente trabajo el punto de vista de la modernidad cartesiana como el fundamento desde el cual, todavía hoy, se despliega toda comprensión del hombre, de la naturaleza y de la historia. Intentaremos mostrar, en lo que presentaremos como el núcleo de la comprensión moderna, la insuficiencia de dicho punto de vista erigido como fundamento. Pretendemos que tal exhibición de la insuficiencia del fundamento indique hacia la posible superación de la tan mentada crisis del proyecto de la modernidad.

Con Heidegger, consideramos la *representación* como el punto de vista fundamental que inaugura la modernidad: el *mundo* ha devenido representación y el *hombre* su sujeto. Nadie mejor que Descartes tematiza el nuevo punto de vista desde el cual se ofrece ahora la relación hombre-mundo como relación representacional. Con Descartes, tal relación *constitutiva* –previa a los elementos por ella relacionados, y determinante de los mismos– procura mostrar la legitimidad de sus pretensiones. En primer lugar muestra la inconsistencia de toda *presencia* mundana natural: la duda corroe el ser mismo de lo así presente, el mundo deja de ser una evidencia inmediata. El punto de vista de la representación se abre paso descalificando como “pre-juicio” toda inmediatez. En segundo lugar, la duda corrosiva, retrocediendo ante las sucesivas *ausencias*, toca suelo firme: la inconsistencia de toda presencia mundana mueve progresivamente al hombre fuera del mundo, él es lo otro del mundo; él es ante la ausencia del mundo-presente a sí mismo, es sujeto. La duda puede disolver el ser de toda presencia mundana pero no puede hacer que la presencia misma *no sea*. En el *cogito* la representación afirma sus pretensiones: la presencia indubitable afirma sin más los derechos de este sujeto de serlo de toda presentación posible. Por último, revalidada su legitimidad con la veracidad de un Dios afirmado en su existencia, el mundo es recuperado en su ahora crítica y racional presentación: el mundo es en cuanto es *re-presentado*.

Si con lo anterior queda caracterizado, en esquema, el punto de vista de la modernidad como representación, es necesario caracterizar ahora el núcleo de tal comprensión representadora del ser. Ese núcleo no es otro que el ser del *cogito*, su quién, el *ego*. Para un *ego* que ha *revalidado* –desde la representación y su criterio de verdad fundado en la certeza– sus pretensiones de erigirse en fundamento, todo señalamiento de insuficiencia ontológica que no provenga de sí mismo, surgirá precisamente, como *in-fundado*. Apuntamos en la dirección de Hegel.

Cuando en sus objeciones a las *Meditaciones Metafísicas* Arnauld reprocha a Descartes el haber sustancializado una abstracción, a saber: la de un alma que, concibiéndose como distinta del cuerpo (del *mundo*, podríamos decir) se afirma en su ser autónomo, ignorando si tal distinción es una diferencial real, Descartes le responde precisando el nuevo horizonte ontológico del discurso, el de la representación: "...aunque un entendimiento creado acaso posea (...) *conocimientos* enteros y perfectos de muchas cosas, nunca puede *saber*, sin embargo, que los tiene, si el mismo Dios no se lo revela particularmente. Pues, para que *conozca* plena y enteramente cada cosa, sólo se necesita que la potencia de *conocer* que en él hay iguale la cosa, lo que fácilmente puede suceder; mas para *saber* que tiene dicho *conocimiento*, o para *saber* que Dios no ha puesto en esa cosa más de lo que el *conoce*, se requiere que su potencia de *conocer* iguale la potencia infinita de Dios, lo que es completamente imposible".[El destacado es nuestro].

En su introducción a la *Fenomenología del Espíritu*, Hegel pone en esta inadecuación entre *certeza-conocimiento* y *verdad-saber* el motor dialéctico de la disolución de la pretendida sustancialidad del *ego*: la dialéctica elevará esa forma precaria del Espíritu, que no puede afirmarse en la estrechez del *ego*, hacia el *nosotros*. Si es tarea hegeliana mostrar la insuficiencia del punto de vista representacional fundado en el *ego*, no creemos sin embargo, que un *nosotros* advenido en dialéctica fenomenología sea su efectiva superación, *i.e.*: que un *nosotros* así surgido sea verdaderamente *sustancial*. Si con Descartes la

sustancia se *subjetiviza*, se pone con ello la condición de posibilidad de que la ontología devenga fenomenología; y si con Hegel se realiza el efectivo devenir fenomenológico de la *sustancia* en *sujeto*, habrá que notar, no obstante, que la superación hegeliana del *ego* no altera el esencial carácter representacional del punto de vista. El sujeto— sea este el *ego* o el *nosotros* concebido de modo hegeliano— será siempre *el soporte de toda presencia posible*. “Fenomenizar” es introducir la *nada* en el *ser*: para que *lo presente* sea, el *sujeto* deberá tomar distancia, no ser; para que el *mundo* sea, el *hombre* deberá ser ausencia en el mundo. Para que el *hombre* sea, el *mundo* deberá evaporarse. El sujeto se sostiene a sí mismo en la negación de lo otro de sí.

Pero si el ser pide la nada como su *posibilidad más extrema*, si el ser es sobre el fundamento último de su no ser, la nada no parece referirse al ser de la misma manera: ¿con qué derecho justificar desde un fondo de *ausencia*, *presencia* alguna? Sabida es la solución hegeliana; lo pleno está en lo vacío como su *télos*. Pero ¿no convierte esta solución hegeliana al devenir histórico en un juego intrascendente?

Con esta pregunta por *lo histórico* retornamos al comienzo de este trabajo: si, como decíamos, sigue siendo *moderna* nuestra comprensión de la historia, habrá que justificar esa afirmación, toda vez que con Hegel surge en el horizonte de la filosofía la historia misma. ¿Cuál será pues la insuficiencia de la comprensión moderna de lo histórico? Deberemos buscar, una vez más, en aquello que postulábamos como su principio fundamental: la representación y su temporalidad propia.

Descartes adjudicaba al ser de la certeza el tiempo del instante: las representaciones son en el instante de la certeza, son un fulgor de claridad y distinción. La garantía de Dios venía a *estirar* el instante, lo hacía *durar*, sin lograr con ello que la *permanencia* fuese *sustancial* (aunque, por supuesto, Descartes la refiriera a la “sustancia”). La ausencia amenazaba siempre toda presentación.

Con Hegel la situación se invierte, el ser mismo está hecho de devenir, ser es haber *llegado a ser*, la presencia es un advenimiento.

Pero Hegel puede hacer la historia de ese devenir precisamente porque tal devenir está *ya cumplido*, ya es la plenitud de su presencia. El Dios, cuyos designios eran para Descartes inescrutables, se ha mostrado.

Pero si ésta es la comprensión moderna de lo histórico fundada en la representación, señalemos una vez más la insustancialidad de su fundamento. El sujeto representante, ya se lo conciba cartesianamente como un *ego*, ya hegelianamente como un nosotros espiritual, es incapaz de sostener el devenir histórico como *suyo*, como *querido por él*. En el primer caso porque su ser instantáneo sólo se sostiene en la permanente recreación del instante por Dios. En el segundo, porque el carácter crepuscular de la realización espiritual pone al sujeto fuera del tiempo mismo: la historia ya está cumplida.

Si ahora quisiéramos señalar en dirección a la superación posible del proyecto de la modernidad en cuya crisis somos, diremos que sólo un auténtico *nosotros* podrá ser el núcleo ontológico de una historia que reconcilie hombre y mundo como mundanización del hombre y como humanización del mundo. Tal integración, que se mueve en el ámbito originario de la política como quehacer comunitario, sólo será a su vez posible con la auténtica apropiación del tiempo en el despliegue de una historia que será la *nuestra*, la de un *nosotros* que será *sustancial* al modo de Spinoza: capaz de sostenerse a sí misma sin excluir a lo otro de sí porque toda alteridad será expresiva de su *riqueza* ontológica y no de su *límite*. Proponemos una política de los pueblos, único sujeto capaz de ser responsable de un destino histórico, de una presencia que se plenifica.